

Pastoralia

Escoger la Vida

El camino hacia
la Justicia y la Paz

Orlando E. Costas

Orlando E. Costas
Escoger la Vida
El Camino hacia la Justicia y la Paz
Artículo publicado en el 2º semestre de 1988
Revista Pastoralia n^{os}. 20/21 – Año 10 – Páginas 70 a 85



ESCOGER LA VIDA

El Camino hacia la Justicia y la Paz

Orlando E. Costas

“A los cielos y a la tierra llamo por testigos hoy contra vosotros, que os he puesto delante la vida y la muerte, la bendición y la maldición; escoge, pues, la vida para que vivas tú y tu descendencia; amando a Jehová tu Dios, atendiendo a su voz, y siguiéndole a él; porque él es vida para ti, y prolongación de tus días; a fin de que habites sobre la tierra que juró Jehová a tus padres, Abraham, Isaac y Jacob, que les había de dar.”

Deuteronomio 30:19-20

“¿Hay vida antes de la muerte?” Esta pregunta apareció escrita en una pared en un vecindario devastado en Belfast, Irlanda del Norte.¹ Fue puesta allí, aparentemente, por alguien que sufría el tormento de la guerra religiosa. En una situación en que prevalece la violencia: una bomba puede estallar en una parada de autobuses, víctimas inocentes pueden ser atacadas con una ametralladora o heridos por una bala, la gente vive bajo la constante amenaza de una muerte súbita. La futura promesa de que hay vida después de la muerte no es suficiente para lidiar con la desesperación que se siente.

Es interesante el hecho de que el debate sobre la vida, que tanta vigencia tiene hoy en los Estados Unidos, fuese expuesto de esta manera. El Movimiento en Pro de la Vida forma una cruzada en defensa de la vida antes del nacimiento. Los grupos religiosos de tendencia apocalíptica enfatizan la vida después de la muerte. Pero, ¿ha notado Ud. que poca importancia se le da a la vida antes de la muerte? Sin embargo, ésta es la preocupación dominante de pobres y ricos a través del mundo. De hecho, en este punto convergen Norte y Sur, Este y Oeste. Los pobres luchan en busca de justicia para poder sobrevivir al holocausto económico, social y político. Para ellos, vivir sin justicia equivale a morir. Luchan por la paz para poder sobrevivir a la pesadilla de un holocausto nuclear. Saben muy bien que sin paz perderán todo lo que es querido para ellos. La pesadilla de una guerra nuclear es un constante recordatorio de que sin paz la vida en el planeta tierra, tal como la conocemos, dejará de existir.

La Biblia nos dice que la vida es un don disponible para cualquiera. El Dios que creó los cielos y la tierra, en quien hay vida, el Dios de Abraham, Isaac y Jacob, quien levantó a Jesús de la tumba, el Dios Viviente, no sólo nos ha dado la vida al nacer, sino que ha puesto a nuestro alcance recursos para que podamos derrotar al mal, sobrevivir a la amenaza de muerte y disfrutar una vida abundante.

Esto fue expuesto dramáticamente en el tercer discurso de despedida de Moisés en la llanura de Moab, narrado en los capítulos 29 y 30 del libro de Deuteronomio. Estaba en juego el futuro de Israel. Su líder se iría pronto con el Señor; el pueblo se preparaba

para tomar posesión de la tierra que Dios le había prometido a sus antecesores. Sobrevivir era lo más importante en sus mentes. Estaban muy conscientes de los peligros: maldad y muerte. Sin embargo, Moisés les recordó que Dios había hecho accesible para ellos la vida. Aun así, ellos debían escoger, y Moisés les urgió para escoger correctamente, o sea, escoger la vida sobre la maldad y la muerte.

En última instancia, la pregunta acerca de la vida (antes y después de la muerte) guarda relación con nuestra misma decisión. Podemos, si así lo decidimos, escoger la vida porque Dios nos ha dado esa opción. El hecho de que hayamos sido creados a imagen de Dios implica que los seres humanos tenemos la capacidad de tomar decisiones. La historia de la primera pareja humana nos muestra fielmente que la posibilidad de vivir eternamente o la realidad de morir eternamente son consecuencia de nuestras acciones. La historia de Israel está llena de momentos decisivos en los cuales fue llamada a escoger entre la vida y la muerte. Está claro que Dios se adjudica esa misma decisión, tomando preferentemente la opción por la vida. Así, Dios no sólo nos da la opción de escoger, sino también la gracia de escoger correctamente, de elegir la vida y el bien por encima de la muerte y el mal.

Ya que Dios no desea “que ninguno perezca” (2P 3:9), el Nuevo Testamento atestigua que la venida de Cristo es un don de vida eterna. Jesús dijo: “Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia” (Jn. 10:10b). En otras palabras, Jesús no sólo vino para presentarnos personalmente el don divino de la vida, y tampoco para sólo hacernos saber que Dios desea que tengamos vida, sino que vino especialmente para permitirnos decidirnos por ella. La vida en este contexto no es simplemente personal y espiritual, o sea, vivir en comunión con Dios. Es también global y social. Jesús se refería a la vida en su plenitud: vida aquí y allá; vida ahora y en el más allá; vida con Dios y en el mundo; vida para ti y para mí, y para nuestra descendencia.

La opción de vida, tal como es descrita en el tercer discurso de despedida de Moisés, y confirmada por Jesús, es el camino hacia un mundo justo y pacífico. Desde una perspectiva bíblica, la justicia y la paz son lados complementarios de la vida que Dios ha puesto a disposición del mundo. En palabras de Isaías de Jerusalén:

“Y habitará el juicio en el desierto, y en el campo fértil morará la justicia. Y el efecto de la justicia será paz; y la labor de la justicia, reposo y seguridad para siempre.”

Isaías 32:16-17

Lo que el profeta dice en este pasaje es que la paz se relaciona con el juicio y la fidelidad con la justicia de la misma manera que un fruto está relacionado con el árbol que lo produce. Dónde no hay justicia no puede haber paz. Donde no hay rectitud no puede haber fidelidad al pacto. La paz y la injusticia no pueden coexistir, de la misma forma que la injusticia no puede ir junto a la fidelidad.

La paz, por supuesto, no debe entenderse como inactividad, sino como bienestar, como una vida abundante, productiva, creativa y de relaciones armoniosas entre los vecinos y la naturaleza. Por fidelidad entendemos confianza en Dios, creyendo que él proveerá lo necesario para nuestro bienestar, y un compromiso inmovible de servir a Dios. Tal vida es posible por medio de un justo orden de la vida, en donde el débil y el oprimido son levantados hasta que puedan convivir con el fuerte y con el acomodado, y por medio de una correcta actitud hacia Dios y hacia el pacto. Que se tratara al prójimo con tal cuidado y cariño, y que se fuera tan atento e involucrado en las cosas de Dios, no

solamente era el corazón de la voluntad de Dios para Israel, sino también la fórmula bíblica para la paz y la justicia en la tierra. De la misma manera como lo declara el profeta Miqueas:

“Oh hombre, él te ha declarado lo que es bueno y qué pide Jehová de ti: solamente hacer justicia, y amar misericordia, y humillarte ante tu Dios.”

Miqueas 6:8

Israel, por ser el pueblo con el que Dios hizo el pacto según las Escrituras hebreas, fue diseñado para ser el paradigma de la vida bajo la tutela de Dios, el modelo de la sociedad justa y pacífica, una comunidad de fe y rectitud. Es justo y propio, por lo tanto, que la iglesia de Cristo, que se yergue en la tradición espiritual como Israel, refleje lo que significa escoger la vida, y seguir así la senda de justicia y paz en medio de las naciones. El texto del libro de Deuteronomio al que nos referimos con anterioridad nos servirá de guía. En la medida en que la iglesia ha hecho de las Escrituras de Israel parte de sus escrituras canónicas, se ha abierto a las enseñanzas de las Escrituras hebreas, creyendo que a través de sus páginas, al igual que en las del Nuevo Testamento, Dios le revela lo que de ella se espera y lo que es vivir recta y fielmente, amando la paz y la justicia a través del tiempo y del espacio. El texto de Deuteronomio nos da varias pistas que nos ayudan a entender qué significa escoger la vida, y, consecuentemente, seguir el camino de justicia y paz, fundamentados en la fe y en la rectitud.

AMAR A DIOS

Escoger la vida significa, primeramente, amar a Dios. Vivir es amar a Dios, pues Dios es la fuente de toda vida. Jesús dijo en su oración sacerdotal: “Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado” (Jn. 17:3). En términos bíblicos, conocer a alguien es sinónimo de tener una relación muy íntima con esa persona. El conocimiento interpersonal es la máxima expresión del amor. Por esto, para Jesús la vida verdadera se encuentra en la intimidad de conocer a Dios, lo cual es posible solamente en la más profunda relación de amor.

Amar a Dios significa entregar nuestros corazones, mentes y fuerzas al único autor de la vida. Significa hacer un compromiso definitivo con el creador, redentor y juez del mundo. Significa convertirse en el **socio del pacto** de Dios, caminar con él y disfrutar de su compañía.

Esto implica el rechazo de todos los ídolos. Un compromiso definitivo demanda lealtad absoluta. Si amamos a Dios no puede haber campo en nuestras vidas para alguien más. Convertirse en amigo de Dios supone rechazar a los falsos dioses.

Los ídolos son la creación de seres humanos en situaciones socio-históricas particulares. Los ídolos existen en tiempos y espacios específicos. No son eternos ni trascendentes. No tienen vida en sí mismos; son temporales e inmanentes, el producto de las manos y la imaginación del ser humano.

En nuestra situación actual en los Estados Unidos tenemos muchos ídolos, de naturaleza individual y colectiva. Estamos amenazados en especial por los ídolos del poderío militar, la hegemonía política y la prosperidad económica ilimitada. El poder militar se ha convertido en el dios de la guerra, el cual debe ser aplacado por medio de

asignaciones presupuestarias ilimitadas para garantizar así un ambiente libre de conflictos. La hegemonía política se ha tornado en la condición *sine qua non* para mantener relaciones saludables con nuestros vecinos del resto de América. Muchos de nuestros líderes piensan que la seguridad nacional de los Estados Unidos se vería amenazada si no se alcanza el control político de las naciones que se encuentran al sur de la frontera. En lo concerniente a la prosperidad económica ilimitada, esa es la corona de la realización y el éxito, el *summum bonum*, el reino en la tierra, la máxima bendición. Por consiguiente, se debe planear y trabajar para alcanzar esa meta. La prosperidad ilimitada es la nueva forma del “sueño americano”, el cumplimiento del “destino manifiesto”.

Sin embargo, las Escrituras son enfáticamente claras: si amamos a Dios, debemos rechazar a todos los ídolos. Los primeros tres mandamientos nos previenen contra la idolatría, ya que Dios dice: “yo soy Jehová tu Dios, fuerte, celoso” quien juzga a aquellos “que me aborrecen” y “... hago misericordia..., a los que me aman...” (Ex. 20:5-6). Los ídolos no son sólo falsos, sino peligrosos; la adoración a ellos lleva a la destrucción. Esta es una lección que no nos atrevemos a olvidar, ni permitimos a los líderes de la nación que lo hagan.

Amar a Dios implica preocuparnos por nuestro vecino de la misma forma en que nos preocupamos por nosotros mismos. El meollo del asunto es que la idolatría nos lleva a explotar y oprimir a nuestro vecino, mientras que el verdadero amor de Dios lleva a protegerlo y cuidarlo. Amar a Dios es buscar el bienestar. Esto es, proteger el derecho de vivir libre, creativa y productivamente, con acceso a todas las bendiciones de la creación. La evidencia del amor de Dios es, del mismo modo, un compromiso activo en la búsqueda de lo que ha sido correctamente descrito por la Oficina de la Iglesia, en la Sociedad de la Iglesia Unida de Cristo, como una “paz justa”,² o sea, el proyecto de “bienestar comunal donde la creación de Dios es ordenada justamente”.³ Tal proyecto se encuentra en las mejores tradiciones de la iglesia, y especialmente en muchas corrientes de la fe reformada o fe evangélica. Esto es lo que Meno Simons, líder anabautista del siglo XVI, describió en un himno como “Verdadera Fe Evangélica”:

La verdadera fe evangélica
no puede yacer dormida,
pues viste al desnudo,
consuela al afligido,
da al hambriento comida,
y abriga al menesteroso.

Se preocupa por el ciego y por el lisiado
la viuda y el niño huérfano;
eso es verdadera fe evangélica.
Ella cuida al herido,
le ofrece una mano.
Debemos ser todo para todos.

Hemos recibido dotes con abundancia
y gratamente responderemos,
con verdadera fe evangélica.
Así podremos vencer al mal con el bien,
responder con amor al odio.
Debemos ser todo para todos.

La verdadera fe evangélica o reformada, fundamentada en el amor de Dios y formada en la visión bíblica de una paz justa, demanda en nuestros tiempos intercesión por la vida de nuestros vecinos, en especial por aquellos amenazados de muerte inminente. En el contexto del mundo contemporáneo, eso significa África, América Latina, Asia, las islas del Pacífico y del Caribe, y las minorías pobres, oprimidas e impotentes en el otro tercio del mundo. De hecho, los dos tercios de la población mundial, que viven en las zonas mencionadas, son víctimas de intereses egocéntricos, de la explotación económica, el racismo, el sexismo, los prejuicios por la edad, la búsqueda de hegemonía política, el militarismo y la carrera armamentista, lo que conduce a la desnutrición y la enfermedad, a las viviendas inadecuadas, la falta de educación, el desempleo, la marginalización social y la impotencia política. Muchos se ven amenazados por prolongados encarcelamientos y por escuadrones de la muerte; sufren las consecuencias, a corto y largo plazo, de un sistema político y socioeconómico construido para unos pocos, en el cual puede olvidarse literalmente a quienes integran la mayoría. Ellos experimentan muertes sin valor ni sentido, porque el proyecto social que ha sido impuesto en sus países por intereses económicos y políticos sin escrúpulos, las oligarquías nacionales y los intermediarios de intereses internacionales sólo tiene cabida para unos pocos. Para todos los propósitos prácticos, las masas de gente pobre de todo el mundo pueden ser ignoradas.

Recuerdo a una monja chilena que, no hace mucho, describió la situación en el Chile contemporáneo como extremadamente buena para tres millones de personas, pero sin sentido para los otros nueve millones de ciudadanos de ese país. Para los tres millones hay abundancia de comida, casas, centros de salud, educación y empleo. Para los otros nueve millones no hay lugar “en la posada...”. No hay lugar para ellos en el actual proyecto social chileno. Son insignificantes y, por lo tanto desechables.

Estos y otros millones de personas de todo el mundo son las víctimas de un giro dramático en los acontecimientos de las últimas décadas. En el pasado, las masas pobres por lo menos eran utilizadas como mano de obra barata, una especie de ejército de reserva económica. ¡Pero hoy, en dos tercios del mundo, no sirven siquiera para eso!

Estas masas, junto con las minorías raciales de los Estados Unidos, incluidos alrededor de 33 millones de gente pobre,⁴ más otras minorías en las naciones desarrolladas del Este y el Oeste, nos retan, como gente de fe que somos, a demostrar nuestro amor por Dios hablando y actuando a favor de ellos. “Si la iglesia tan sólo dijera que los pobres merecen vivir”, dice el teólogo chileno Pablo Richard, “estaría realizando una poderosa declaración evangelística”.

OBEDECER A DIOS

Un segundo significado de escoger la vida es obedecer a Dios. La obediencia es el examen del amor a Dios. Si amamos a Dios, entonces debemos caminar acordes a la voluntad divina. ¿Cuál es la voluntad de Dios para la tierra? Ya hemos señalado que las Escrituras nos enseñan que Dios desea justicia y paz. Conocer a Dios, nos dice Jeremías, es hacer justicia (Jer. 22:15a-16). El evangelio según San Mateo nos dice que ser hijo de Dios es ser un pacificador (Mt. 5:9). Y, como ya hemos apuntado, de acuerdo con Isaías de Jerusalén, ser pacificador es luchar por la justicia.

Hay un coro que aprendí en Nicaragua que dice:

Benditos son los que aman
Y luchan por hacer la paz,
Orando, pasando sed y hambre
Por la justicia, y por vivir en libertad.

Dios desea una paz justa para la tierra. De hecho, Dios ha llamado a la comunidad de fe a ser testigos en pro de la paz y abogar en favor de la justicia. Vivir en la libertad del amor de Dios significa tener el espacio, y la bendición, para ser agentes de justicia y hacedores de la paz. Trabajar por una justa paz, sin embargo, no es labor fácil. Demanda sudor y esfuerzo, oración y largo sufrimiento. No es menos arduo que la lucha por la vida.

La obediencia es siempre un asunto volitivo. Obedecer a Dios es decidirse en contra de la “sabiduría mundana” y “ruidosa” para poder oír la palabra de Dios. Obedecer es escuchar cuidadosamente la palabra de Dios, la cual nos llama a vivir y trabajar libremente en pro de una paz justa. Obedecer a Dios es decidirse en contra de la injusticia y la agresión para ponernos al servicio de una justa paz. Obediencia significa decidirse en contra del individualismo egoísta para poder levantarse en solidaridad con el pobre, decidiéndonos en contra de nuestros propios intereses personales para obtener el bienestar de los otros.

Por eso la obediencia siempre implica conversión, por ejemplo, el proceso de volverse de los ídolos de la muerte hacia el Dios viviente. Uno no puede dialogar con el Dios viviente mientras sirve a los ídolos de la muerte. De esa manera, el libro de Deuteronomio advierte a Israel que la idolatría es el camino de muerte, pero la conversión es el camino a la obediencia y al correcto vivir (Dt. 4:25b-31).

El Deuteronomio ha sido históricamente vinculado con la reforma de Josías en el Judá del siglo VII. La aparición del libro en el templo y su lectura subsiguiente ante el Rey Josías produjo un sentimiento de arrepentimiento y de renovación a lo largo de toda la nación. Judá (igual que el Reino del Norte antes que ella) había caído en idolatría, dándole la espalda a la Palabra de Dios y rehusándose a confiar solamente en Dios. Para la época de la reforma de Josías, ya era demasiado tarde. ¡Yavé ya había visto colmada su paciencia con Judá, al igual que con el Reino del Norte!

El Dios viviente nos llama hoy como seres humanos y gente de fe a la conversión. Dios nos llama de Centroamérica, Sudáfrica, Afganistán y Palestina, en los ghettos y las tierras de labranza de América del Norte, en los Chernobyles y las Three-Mile Islands, en las instalaciones de misiles en Este y el Oeste, de la misma forma en que nos llamó hace más de 40 años en Hiroshima, y hace más de una década en el sudeste de Asia, para que pasemos, convirtamos del camino de injusticia al camino de justicia, de la guerra y la codicia a la paz y la solidaridad. Todavía hay tiempo para que nosotros y nuestros hijos escojamos la vida de obedecer a Dios y convertirnos en pacificadores al luchar por la justicia. Todavía hay tiempo para que la humanidad evite un holocausto multidimensional. Nuestra labor es, como gente de fe, motivar a nuestros vecinos, tanto nacionales como extranjeros, a que escojan la vida y vuelvan del camino de injusticia y de guerra a la búsqueda de una paz justa. Esta es un área en la cual podemos tomarnos de la mano con todas las personas de buena voluntad y de otras creencias.

TENER ESPERANZA EN DIOS

En tercer lugar, escoger la vida es tener esperanza en Dios, ya que donde hay vida hay esperanza. Apegarse a Dios implica depender únicamente de él en lo que respecta a nuestro futuro y al de nuestros vecinos. Depender de Dios es esperar que el mal y la muerte no prevalezcan, y estar seguros en la vida y el bien. Es decir, con Job:

“Yo sé que mi redentor vive, y al fin se levantará sobre el polvo, y después de desecha esta mi piel, en mi carne he de ver a Dios; al cual veré por mí mismo, y mis ojos lo verán, y no otro, aunque mi corazón desfallece dentro de mí.”

Job 19:25-27

Tener esperanza en Dios es afirmar con el salmista:

“Jehová es mi pastor, nada me faltará(...) Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo; tu vara y tu callado me infundirán aliento.”

Salmo 23:1,4

Donde hay esperanza, la vida es afirmada y gozada; hay un vivir gozoso. De hecho, hay gozo en las pequeñas cosas que en nuestras vidas diarias pasan desapercibidas. Es como observar a las ocupadas ardillas subir y bajar los árboles luego de un largo invierno, O como ver florecer las azaleas por todos lados en las postrimerías de la primavera en Nueva Inglaterra. Porque tengo esperanza es que me maravillo al ver el póster de unos niños con la leyenda: “Sé que soy alguien, porque Dios no hace sandeces”. Una copia de ese póster cuelga ahora en una pared en mi oficina, como un recordatorio diario de que esperar en Dios es vivir gozosamente, porque la totalidad de la vida, aún las pequeñas cosas, nos dan testimonio de la promesa de Dios: *shalom*. ¡Con razón el precursor de los misioneros bautistas norteamericanos, Adoniram Judson, afirmó hasta el fin: “el futuro es tan brillante como las promesas de Dios”!

La esperanza también posibilita el gozo en la penosa lucha por preservar la vida en el planeta Tierra. Fue muy interesante para mí volver a Managua, Nicaragua, cinco años después de destronada la dictadura somocista. A pesar de las privaciones impuestas al pueblo nicaragüense por una guerra encubierta que es sostenida con fondos provenientes de los Estados Unidos, y que perturba los limitados recursos para la educación y las obras públicas, me impactó la limpieza de las calles de Managua, los parques creados para los niños víctimas de la guerra, y en especial el hospital de niños, el cual es, sin lugar a dudas, uno de los más avanzados en América Central. Pero lo que más me impresionó fue el lema en el frente del Ministerio del Interior: “Guardianes del gozo del pueblo”. Este es, de hecho, el departamento gubernamental encargado de hacer que las leyes se cumplan y de la seguridad nacional. En Nicaragua, ésa es la unidad política, junto con el ejército, encargada de dominar la amenaza de muerte que se cierne sobre los habitantes. Sin embargo, lo que está en juego para el Ministerio del Interior no es simplemente la supervivencia de un régimen, sino más bien el gozo del pueblo. Pero donde hay lucha para preservar la vida, allí hay esperanza. Y donde hay esperanza hay gozo.

Aún más: donde hay gozo hay celebración de la vida, vida como un don de Dios y como fruto del trabajo humano. En la misa campesina nicaragüense hay un himno eucarístico que demuestra vívidamente cómo se celebra la vida donde hay esperanza gozosa. Empieza con estas palabras:

Vamos a la milpa,
a la milpa del Señor.
Jesucristo invita
a su cosecha de amor.
Brillan los maizales
a la luz del sol.
Vamos a la milpa
de la comunión.

En la cultura nicaragüense, la milpa es el lugar donde los campesinos llevan la cosecha del café y la alistan para el mercado. Es un símbolo de trabajo. Y es esta herramienta la que toma el lugar de la mesa eucarística. Todos se reúnen a su alrededor para celebrar la eucaristía, que en su caso es la comida de acción de gracias por la vida que Dios les ha dado. El himno continúa diciendo:

El pueblo se desborona
alrededor del altar;
arrimadita a la hoguera
se reúne entera la comunidad.

Entonces se escuchan varios relatos de los miembros de la comunidad:

“Yo vengo de tierra adentro, más allá de Sacacil” dice uno.
“Traigo bellas mazurquitas y una tonadita que la canto así” dice otro.

¡Y aún la naturaleza se une a la celebración!:

Los pescadillos del lago
nos quieren acompañar
y brincan alborozados
como encachilados (borrachos)
de fraternidad.
Laguneros y róbalos,
el guapote y el gaspar,
las mojarras, las guabinas
y hasta las sardinas
parecen cantar.

El himno continúa diciendo:

La comunión no es un rito
intrascendente y banal.
Es compromiso y vivencia
toma de conciencia de la cristiandad.
Es comulgar con la lucha
de la colectividad.
Es decir: yo soy cristiano
y conmigo hermano,
vos podéis cantar...⁵

De ese modo los campesinos nicaragüenses celebran el don de la vida y se comprometen unos con otros en solidaridad. Su esperanza en el Dios de justicia da cabida a una celebración gozosa de la paz que les ha sido dada, y en esa celebración ellos se comprometen nuevamente para preservar esa paz por medio de su trabajo.

Escoger la vida, como un don y como una labor, es el único camino hacia la justicia y la paz. Pero tal escogencia implica un compromiso con el Dios viviente. Escoger la vida es decidirse por el Dios de los que viven, cuya Palabra Eterna se hizo carne en Jesús de Nazaret. Jesús el Cristo es la vida del mundo, quien ilumina el camino de todo aquel que confíe en él. En él hay vida abundante, vida eterna, vida para ahora y para el más allá, para ayer, hoy y mañana (Jn. 11:25-26).

Cuando hay compromiso con Dios, una sincera actitud amorosa hacia Dios, la defensa de la vida humana es una consecuencia ineludible, y la lucha por una justa paz se convierte en una señal concreta de ese compromiso. Cuando se escoge la vida, la esperanza se convierte en una poderosa peculiaridad de nuestra existencia y en un motivador mayor para celebrar el gozo del don de Dios.

Escoger la vida es trabajar por el bienestar de nuestros vecinos, y, por lo tanto, garantizar una existencia completa y una prosperidad con sentido para nuestro propio espacio planetario. Esto implica profetizar en los lugares más altos y más bajos de la sociedad, a todos nuestros vecinos, y en especial a nuestros vecinos más pobres, pues los pobres de la tierra tienen el derecho de vivir plenamente, participando así de la promesa divina de *shalom*.

Si deseamos la paz, luchemos por la justicia. Si queremos justicia, trabajemos por la paz. Si escogemos la vida sobre la muerte, amando, obedeciendo y poniendo nuestra esperanza en Dios, buscaremos una justa paz. De hecho, podremos decir con el corito cubano:

Enviado del Señor soy.
Mis manos están ahora listas
para ayudar a construir un justo
y pacífico mundo lleno de amor.

Los ángeles no pueden cambiar
un mundo de dolor y pena
en un mundo de amor,
de justicia y de paz.

Mía es esta labor por realizar,
hacerla realidad.
Oh Dios ayúdame a obedecer;
ayúdame a hacer tu voluntad.

NOTAS

- (1) José Míguez Bonino, *Room to be People: An Interpretation of the Meaning of the Bible for Today's World*, traducción de Vickie Leach. Philadelphia. Fortress Press. 1979, p. 47.
- (2) Cynthia Ikuta, Chairperson of the Peace Theology Development Team, "A Just Peace," Octubre 1984 (borrador). N.Y. Office for Church in Society, United Church of Christ. 1984, p. 15.

- (3) Ann Ahles, Mitzy Hill, Judy McCullough, *A Just Peace: A Study Guide for the Local Church*. Trabajo inédito preparado para la Christian World Mission, Andover-Newton Theological School. Diciembre 13, 1984, p. 18.
- (4) Obispos de Estados Unidos, *Pastoral Letter on Catholic Social Teaching and U. S. Economy*. Segundo borrador. *Origins*, Vol. 15, N° 17 (Octubre 10, 1985), p. 274.
- (5) *Himno de comunión* (*La misa campesina nicaragüense*), escrito y compuesto por Carlos Mejía Godoy.